

Rebeldes académicos.
La filosofía chilena desde la Independencia hasta 1989
Iván Jaksic

Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2013¹

POR ALEJANDRO FIELBAUM

¹ Texto presentado en las Jornadas 2013 de Filosofía Chilena, desarrolladas en el Museo Benjamín Vicuña Mackena el 25 de agosto del 2013. Agradezco a los organizadores por su invitación a exponer lo aquí escrito, en una mesa motivada por la reciente aparición del libro de Jaksic.

² Bello, Andrés, "Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile, el 17 de septiembre de 1843", en *Obras Completas*, Tomo XXI, Caracas: La Casa de Bello, 1982, p. 6.

³ Subercaseaux, Bernardo, "IVAN JAKSIC, *Academic Rebels in Chile. The Role of Philosophy in Higher Education and Politics*", *Mapocho* N° 29, 1991 (primer semestre), pp. 116-119.

⁴ Rivano, Juan, "*Academic Rebels in Chile*", *Estudios Sociales*, N° 63, enero-marzo de 1990, pp. 143-148.

Todas las verdades se tocan; y yo extendiendo esta aseveración al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una antipatía secreta entre aquellas y estas.

Andrés Bello²

No podemos sino partir saludando la traducción de *Rebeldes Académicos*, puesto que se trata de un buen libro. Entre otros motivos, porque si hoy sabemos un poco sobre la historia de la Filosofía en Chile es porque podemos partir de trabajos como este, escritos cuando se sabía aún menos, mucho menos. Aunque la obra fue comentada poco después de su publicación por autores reconocidos, como Bernardo Subercaseaux³ o Juan Rivano⁴, no resulta un libro particularmente conocido en el país que estudia. Que se lo haya leído poco y citado menos no parece solo deberse a la distancia idiomática, sino también a un triste desinterés que puede datarse de mucho antes. Se cuenta, de hecho, que ya Andrés Bello aconseja a un entonces joven Diego Barros Arana, antes de que este

último iniciase su escritura, no titubear ante lo que podría, por su escritura acontecer: “Escriba joven sin miedo, que en Chile nadie lee”.⁵

La conjunción entre la ausencia de temor y de lectura autoriza al historiador para desplegar una obra extensa, desde la irónica noticia de su constitutivo fracaso. A lo largo del libro, sin embargo, Jaksic se esfuerza en mostrar que la Filosofía, por poco que se la haya leído, no carece de importancia en Chile –salvo, quizás, y esto podría ser un dato de mayor relevancia, desde los años noventa.⁶ Contra una historia de Chile que prescindiera de la Filosofía, Jaksic insiste en el peso que ha tenido, y no solo por parte de los más conocidos autores del siglo XIX. Por ello, en otro texto que ejemplifica bien esta postura, cuestiona que Brunner soslaye las reflexiones de Schwartzmann sobre lo humano en América en su *Historia de la Sociología en Chile*.⁷ Filosofía nunca habría dejado de haber, entonces, ni siquiera ante la creciente emergencia de las Ciencias Sociales. E incluso, ante el despliegue de estas últimas, tampoco habría dejado de importar en la política. Así, algunos años de publicar el libro que comentamos, Jaksic destaca que Frei Montalva, en su *Filosofía*, haya podido lograr sintetizar corrientes filosóficas e intereses políticos de la época.⁸ En ese sentido, las reformas de los sesenta no habrían carecido de un cariz filosófico que luego deviene, ante la posterior influencia marxista, políticamente peligroso.

Precisamente por esa noticia es que creo que podría postularse que parte necesaria de la versión inglesa del libro de Jaksic, cuya traducción hoy saludamos, era el prólogo que, lamentablemente, no conserva la necesaria edición española de *Rebeldes académicos*. En esa parte del libro, Jaksic narra haberse encontrado, en el campo de concentración existente en Tres Alamos, con uno de sus alumnos del liceo en el que trabaja poco después del Golpe de Estado. Poco pudo decirle, sincera Jaksic, como si allí se expusiese el límite del saber filosófico ante la sinrazón. En ese sentido, la escena allí descrita parece operar como resguardo ante una posible fenomenología chilena del espíritu, por decirlo ridículamente. Ante la violenta facticidad dictatorial, la Filosofía cuya historia e importancia Jaksic describe, ve su impotencia ante la realidad que la excede y precede, tornándose imposible la dirección filosófica de la política, cuyo deseo se inscribe en la cita de la séptima carta platónica que aparece como epígrafe del libro, el que sí conserva la traducción. Con miedo, parafraseando e invirtiendo a Bello, justamente porque se podría leer lo que escribe, porque incluso se podría saber lo que lee, a ese joven anónimo, difícilmente su maestro Jaksic le podría haber

⁵ Citado en Villalobos, Sergio, *Barros Arana. Formación intelectual de una nación*, Santiago de Chile: Universitaria, 2000, p. 17.

⁶ Jaksic, Iván, “Chile”, en García, Carmen (Editora), *Pensamiento universitario latinoamericano. Pensadores y forjadores de la Universidad latinoamericana*, Caracas: Unesco, 2008, p. 260.

⁷ Jaksic, Iván, “José Joaquín Brunner. El caso de la sociología en Chile: Formación de una disciplina”, Santiago: FLACSO, 1998”, *Opciones*, N° 16, p. 160.

⁸ Jaksic, Iván, “El pensamiento de Eduardo Frei Montalva”, *Estudios Sociales* N° 32, 1981, p. 127.

recomendado escribir. Bien lo supo su maestro Rivano, a quien Jaksic visita en la escena allí descrita, tras la cual declara su gratitud con su maestro, también ausente en la nueva versión del libro.

Poco sentido, por supuesto, tendría especular sobre los motivos de esa borradura. Mucho menos, derivar de allí una acusación al autor. Más interesante, nos parece, es interpretarlo a partir de lo que Jaksic sí ha dicho entre una y otra versión del libro. Mientras investiga su ya esencial texto sobre Andrés Bello, Jaksic se transforma, mercedamente, en uno de los intelectuales sudamericanos más respetados en la Academia norteamericana. Baste mencionar su vinculación a la Universidad de Stanford o su coedición de uno de los libros más relevantes sobre Sarmiento, junto a un autor de la talla de Tulio Halperin.⁹ Justamente en un testimonio sobre la influencia de la lectura de este último, Jaksic describe el proceso que, con la figura de Bello, busca pensar: “siempre dentro del contexto de la Constitución de 1833, pero ampliando la participación política y abriendo los cauces del debate público. Esta reflexión sobre un capítulo anterior de transición desde el autoritarismo era más que una fantasía: era un ejercicio necesario de comprensión de cómo esa transición era posible”.¹⁰

No parece del todo abusivo pensar que la necesidad de comprender las transiciones latinoamericanas no se limita a la interpretación filosófica de mediados del siglo XIX, sino que llega hasta la acción política a fines del XX. Al menos en el caso de Jaksic, quien compila, con Paul Drake, dos influyentes libros sobre el orden postdictatorial, a partir de la hipótesis, ya instalada por los intelectuales concertacionistas durante los años ochenta¹¹, de que la Dictadura debiera interpretarse como una interrupción en el orden democrático chileno. Así, presentando el primero de ellos, Jaksic y Drake contraponen el carácter particularmente abierto y reformista de Chile entre el 32 y el 73 a la índole extremadamente sombría y cerrada de la Dictadura.¹² Desde una sólida economía y el retorno a las viejas y queridas instituciones y valores, el nuevo orden no habría de limitarse a restituir lo existente antes de la Dictadura ni a mantenerse en los marcos legados por esta, sino a combinar el nuevo orden económico con el antiguo orden político. Retomando una larga tradición democrática, señalan, podría observarse con optimismo el futuro de una historia cuya reciente excepción no haría más que confirmar su norma: “Una noble tradición democrática resurge de sus cenizas, y cabe abrigar la esperanza de que la dolorosa experiencia del autoritarismo pueda haber contribuido a fortalecerla aún más”.¹³

⁹ Halperin, Tulio; Jaksic, Iván & Kirpatrick, Gwen (Editores), *Sarmiento: Author of a nation*, Berkeley: University of California Press, 1994.

¹⁰ Jaksic, Iván, “El peso de otras noches”, en *Prismas*, N° 15, 2011, p. 234.

¹¹ Avelar, Idelber, *Alegorías de la derrota. La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*, Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2000, pp. 77-97.

¹² Drake, Paul & Jaksic, Iván, “Prefacio”, en Drake, Paul & Jaksic, Iván, *El difícil camino hacia la democracia en Chile*, Santiago de Chile: FLACSO, 1993, p. 12.

¹³ Jaksic, Iván & Drake, Paul, “Introducción. Transformación y transición en Chile, 1982-1990”, en Drake, Paul & Jaksic, Iván, *El difícil camino hacia la democracia en Chile*, Santiago de Chile: FLACSO, 1993, p. 53.

A fines de los noventa, Jaksic puede evaluar lo que ha renacido, en el marco de una democracia cuyo orden constitucional e institucional no parece haberse levantado de sus cenizas, ni mucho menos haber hecho justicia a las cenizas que el pasado reciente lega. Sin dejar de reconocer que el modelo político sería menos democrático que al anterior al Golpe, Jaksic y Drake destacan su modernización, comprendiéndola como el paso hacia el capitalismo y la democracia representativa.¹⁴ En ese sentido, los límites de una modernización realizada en *la medida de lo posible*, recordando la conocida expresión de Aylwin, serían el dato de una positiva percepción del progreso chileno, comandado por una élite cuya aceptación del legado dictatorial demostraría su capacidad de aceptar las posibilidades recibidas sin poder imaginar otra medida: “Incluso sus defectos, como la aceptación forzosa de una serie de barreras autoritarias diseñadas para frenar el desarrollo democrático, se proyectaban como una demostración más de la madurez de la clase política chilena”.¹⁵

La defensa de Jaksic del carácter moderado de la transición no solo es contemporánea a su trabajo sobre Bello, sino también coherente con el rescate que hace de su figura como conductor de una modernización que resulta, por posible, exitosa. Es relevante, en ese sentido, el contraste que Jaksic hace de Bello y su discípulo Bolívar, quien se habría amparado en nociones clásicas para entender y fundar órdenes republicanos que, al parecer, no podrían sino haber fracasado, puesto que el paso de una libertad de los antiguos a la de los modernos aún no había tenido lugar.¹⁶ Teleológicamente, la modernización no podría sino haber dado la razón a Bello. Las tensiones entre uno y otro no se explicarían, entonces, por la existencia de distintos proyectos, sino como parte de un proceso en el que Bello relevaría, sin pérdida, el sueño bolivariano: “fue Bello quien con más éxito llevó adelante la tarea inconclusa del Libertador”.¹⁷

En esa linealidad, Jaksic piensa el republicanismo y liberalismo como dos momentos que se superponen en la misma historia de construcción de las repúblicas latinoamericanas, y no como dos idearios distintos, como bien han insistido variados comentaristas del republicanismo durante las últimas décadas, a uno de los que Jaksic de hecho cita¹⁸ para considerar a Bello como un autor republicano. Y es justamente desde la anulación de esa distancia entre liberalismo y republicanismo que Jaksic rescata la pasión de Bello, como bien titula su libro, por un orden legal, antes que por la participación política que pudiese gestar las leyes. Conjugando entusiasmo y mesura, lograría la deseada modernización, sin preguntarse por su legitimidad democrática. Su éxito, precisa-

¹⁴ Drake, Paul & Iván Jaksic, “Introducción. El “modelo” chileno. Democracia y desarrollo en los noventa”, en Paul Drake & Iván Jaksic (Compiladores), *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*, Santiago de Chile: LOM, 2002, p. 12.

¹⁵ Drake, Paul & Iván Jaksic, “Prefacio”, en Paul Drake & Iván Jaksic (Compiladores), *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*, Santiago de Chile: LOM, 2002, p. 8.

¹⁶ Jaksic, Iván, “La República del Orden: Simón Bolívar, Andrés Bello y las transformaciones del pensamiento político de la Independencia”, *Historia*, Vol. 36, 2003, p. 214.

¹⁷ *Ibidem*, p. 205.

¹⁸ Pensamos, predicablemente, en Quentin Skinner y J.G. Pocock, quien es mencionado en la página 89 de *Andrés Bello: La pasión por el orden*. También, por supuesto, en Maurizio Viroli.

¹⁹ Jaksic, Iván, "Introduction", en *Andrés Bello, Selected Writings of Andrés Bello*, Oxford: Oxford University Press, 1997, p. LI.

²⁰ Jaksic, Iván, *Andrés Bello: La pasión por el orden*, Santiago: Universitaria, 2001, p. 146.

²¹ Jaksic, Iván y Posada, Eduardo, "Introducción. Naufragios y sobrevivencias del liberalismo latinoamericano", en Iván Jaksic y Eduardo Posada (Eds.), *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*, Santiago de Chile: FCE, 2012, p. 40.

²² Jocelyn-Holt, Alfredo, "El liberalismo moderado chileno. Siglo XIX", *Estudios Públicos*, N° 69, verano 1998, pp. 439-453.

²³ Jaksic, Iván, *Rebeldes académicos: la filosofía chilena desde la Independencia hasta 1989*, Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 2013, pp. 44-45.

²⁴ Castillo, Vasco, *La creación de la República. La filosofía pública en Chile 1810-1830*, Santiago de Chile: LOM, 2009, p. 43.

²⁵ Citado en Castillo, Vasco & Ruiz, Carlos, "El pensamiento republicano de Juan Egaña", *Revista de Ciencia Política*, Vol. XXI, N° 1, 2001, p. 35.

mente, vendría por su capacidad de no acelerarse, por el entusiasmo por una medida cuyos logros se graficarían en lo gestado antes que en la forma de hacerlo. Al distinguir explícitamente entre fines y medios, el venezolano permite pensar en la necesidad de alcanzar un orden moderno sin preguntarse por los mecanismos por los cuales éste se alcanza. En la medida de lo posible, habría logrado que durante el orden portaliano se construyera un código civil que se sigue utilizando en Chile y otros países, como destaca Jaksic presentando su obra al público angloparlante.¹⁹ Esa prudencia habría gestado el orden liberal chileno que habría interrumpido la Dictadura, para luego ser retomado, con esa necesaria medida, por el neoliberalismo postdictatorial. Coherentemente con Bello, más que indagar en la legitimidad del pasado y presente orden legado por los autoritarismos chilenos, lo importante sería avanzar dentro de esos órdenes, como el propio Bello pareciera aconsejar: "Desde su perspectiva, tal vez no muy ajena a la de nuestro tiempo, nada creaba mayor conflicto que el cambiar súbitamente las reglas del juego, cualquiera que fuese el origen de esas reglas".²⁰

Si nos damos esta larga vuelta para comentar lo que aquí nos reúne es porque sospecho que nos permite leer retrospectivamente lo dicho por Jaksic en el primer capítulo de su libro, orientado en la hipótesis, explicitada recientemente por el autor, de que el principal ideario opuesto al liberalismo en el siglo XIX es el catolicismo²¹, lo que lo autoriza a soslayar una lectura no liberal del republicanismo que pudiese notar las distancias entre liberalismo y republicanismo. Al leer, con Bello, lo que antecede a Bello, el autor naturaliza cierto liberalismo de mediados del siglo XIX –un liberalismo moderado, al decir de Jocelyn-Holt²²– que no parece haber sido, durante la Independencia, tan claro. En particular, cuando Jaksic declara que el fervor revolucionario de Juan Egaña no habría sido incompatible con sus creencias religiosas, destacando que pese a su historial como líder independentista se habría mantenido ligado a la escolástica.²³ Naturalizando la distinción liberal entre religión y política, para Jaksic el moralismo de Egaña se opone a la política que, para Egaña, solo puede fundarse en el moralismo que construya un amor por el orden legal, y no solo en el respeto a una ley que garantice el orden. Como bien explica Vasco Castillo, para Egaña las leyes deben formar las costumbres, y con ello un orden virtuoso.²⁴ Y es que para el ideario republicano, la ley, en tanto construcción política de la vida libre en común, sí posee esa capacidad de formar un nuevo orden colectivo: "El orden viene de la ley y no la ley del orden".²⁵

Sin indagar particularmente en la Filosofía de Egaña, Jaksic destaca, entre otras, la interpretación de su obra que ha hecho Simon Collier, quien describe a Egaña como un conservador. Más utópico que el liberalismo, por su énfasis en la virtud antes que la libertad, su obra es parangonada, por el historiador británico, a la de Edmund Burke en Inglaterra.²⁶ Para Collier, entonces, el moralismo de Egaña lo haría oponerse a la modernidad, contra la cual soñaría con un mundo imposible. Por ello, Góngora señala que su postura obedece a una postulación utopista.²⁷ Desde la conservadora perspectiva de Góngora, la radical transformación republicana del Chile colonial a la que Egaña aspira parece haber sido imposible. En el pensador decimonónico, sin embargo, los límites de lo posible son hartos más amplios. Por ello, Vasco Castillo y Carlos Ruiz cuestionan la lectura de Góngora, señalando que Egaña se trataría, justamente, de un republicano.²⁸ Es decir quien sí habría considerado posible la construcción de una República moderna en Chile. Lo que habría quizás que indagar, antes que optar por una lectura utópica o republicana de Egaña, es si no es necesario pensar, simultáneamente, ambas posiciones en su obra. Es decir, pensar su republicanismo como la necesaria e imposible transformación del antiguo cuerpo político en un nuevo orden. Sin el dato que hace plausible lo que desea, parece haber debido insistir, para gestar la República, en lo imposible.

La singular especulación de Egaña acerca de los hombres del año 5000 permite pensar en la futura posibilidad de la actual imposibilidad. Pronosticando las futuras transformaciones del hombre, elucubra acerca de un hombre habría de cumplir el mito prometeico y generar nuevas formas de vida, que pudiesen crear, por ejemplo, un idioma puramente musical, o viajes a espacios desconocidos: “¿Quién sabe si en virtud de esta fuerza pudieran salir algunos cuerpos de la esfera de la atracción terrestre, y transportarse a los planetas, y aún comunicarle con el sol? ¿Quién sabe si la luz pudiera hacerse un conductor, o por lo menos una escritura representativa, para familiarizarnos con los habitantes de aquellos orbes?”²⁹ Justamente por la fe que a Jaksic le parece contradictoria con la política, podría pensarse, es que para Egaña puede pensarse en un orden radicalmente distinto. Contra todo posible límite natural, para Egaña la razón humana abriría posibilidades hoy inexistentes, incluso para transformar los límites que la naturaleza le impondría. A través de la virtud, ninguna costumbre sería inmodificable, ningún límite insuperable. Para Bello, por el contrario, es poco lo que la acción política puede hacer para desplazar las fronteras de

²⁶ Collier, Simon, *Ideas y política de la independencia chilena 1808-1833*, Santiago de Chile: FCE, 2012, pp. 286-287.

²⁷ Góngora, Mario, “El rasgo utópico en el pensamiento de Juan Egaña”, en *Estudios de historia de las ideas y de historia social*, Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1980.

²⁸ Castillo y Ruiz, op. cit., p. 26.

²⁹ Egaña, Juan, *Ocios filosóficos y poéticos en la Quinta de las Delicias*, Tomo IV, Londres: Manuel Calero, 1829, p. 80.

lo históricamente posible, o incluso de lo natural. Ironiza, por ello, ante quienes cuestionan radicalmente el orden portaliano, pues pensarían, por así decirlo, sin la medida de lo posible:

“[al gobierno] ¿Les es dado modificar los efectos profundos y misteriosos de la acción orgánica, que hace, según se dice, tan diferente la fibra anglo-sajona de la céltica o de la ibera? ¿Les es dado variar en un momento las costumbres? ¿Está en sus manos crear, donde no los hay, esos instrumentos colosales de engrandecimiento a que deben su acelerado progreso los Estados Unidos, o esas producciones preciosas que han decuplado en pocos años la riqueza de la isla de Cuba? ¿Diremos a las cordilleras, allanaos; y a los torrentes, prestad vuestras aguas a la navegación interior? y cuando tuviéramos todo ese poder en nuestras manos, nos restaría que hacer otro nuevo milagro, acercar nuestras costas a los grandes emporios del mundo. Compárense de buena fe lo que ha hecho en todas líneas la nación chilena y los medios que el cielo ha puesto a su disposición, con las dádivas que la naturaleza ha prodigado a otros pueblos, y no hallaremos razón para humillarla”.³⁰

Quien conozca la filosofía de Bello, como Jaksic, sabe que el venezolano no se opone al cambio en las costumbres, sino a la desmesura ante cualquier aceleración jurídica que parta de la seguridad de esas transformaciones. De ahí que cuestione, retrospectivamente, a la generación independentista, haber impuesto un orden históricamente implausible, justamente por su excesivo crédito en la velocidad y necesidad de las transformaciones. Es justamente esa distancia entre el pragmatismo de Bello y el utopismo republicano lo que Jaksic olvida, al tildar de republicano, tal como lo había hecho con Bello, a secas, a Egaña³¹, prologando la traducción que hace del ya mencionado libro del Collier. Para Jaksic, no habría, en ese sentido, gran diferencia entre un republicanismo cívico y uno liberal, salvo en lo relativo a la plausibilidad de uno y otro. De hecho, por esos años, señala que el ideario de Egaña sería similar a Bolívar, pero menos sensible a las realidades políticas.³² Es decir, de acuerdo a lo antes suscrito, que también su promesa habría sido relevada, en última instancia, por Bello.

Es obvio que hay que resistirse a una fácil identificación de las dos tramas recién descritas para decir, por ejemplo, que en la relectura concertacionista del siglo XIX Egaña sería Allende, Portales encarnaría a Pinochet y Bello a la transición, o algo por el estilo. Si de eso se tratase, Jaksic sería un autor mucho menos interesante, al punto que si ese hubiera sido su interés difícilmente

³⁰ Bello, Andrés, “El gobierno y la sociedad”, en *Obras completas*. Tomo XVIII, Caracas: La Casa de Bello, 1982, p. 181.

³¹ Jaksic, Iván & Ossa, Juan Luis, “Prólogo”, en Collier, op. cit., p. 17.

³² Jaksic, Iván y Leiras, Marcelo, “Life without the king. Centralists, Federalists and Constitutional Monarchists in the Making of the Spanish American Republics, 1808-1930”, Kellogg Institute, Working paper #255, 1988, p. 16.

habría descrito en su libro, por ejemplo, las objeciones a la filosofía de Bello. Tampoco hubiese atravesado su relato por la distinción entre filósofos académicos y rebeldes, la que no puede sino presuponer que siempre hay más de una Filosofía posible. Justamente por esto es que habría también que pensar que puede haber otra distinción posible que la liberal distinción historiográfica entre liberales y conservadores, la que subsume al republicanismo en el liberalismo. En particular, si se considera, insistiendo en Bello, que la filosofía liberal, en Chile, en más de una ocasión se ha conciliado con prácticas conservadores. Bien cuestiona Pablo Oyarzún al libro de Jaksic, en ese sentido, que resulta algo ingenuo dirimir la posición de los autores estudiando sus discursos sin sus prácticas³³, lo que, por cierto, Jaksic hace en su posterior libro sobre Bello. Lo que habría allí que repensar, a partir de tales prácticas, es la seguridad con la que se puede mantener la distinción entre rebeldes y académicos, por ejemplo, y esto obviamente es mucho más que un ejemplo, ante Bello, o ante el mismo Jaksic.

Las indiscutibles virtudes del libro de este último, en la que no nos hemos centrado, porque nos parece que la discusión hace más justicia a la lectura que la alabanza, son deudoras de una discutible lectura linealmente liberal o, si se prefiere, liberalmente lineal de la historia de Chile. No es casual, en ese sentido, que, como confiesa el propio Jaksic, la distinción entre académicos y rebeldes no parezca extraña a la perspectiva de la Dictadura.³⁴ Ante lo cual, evidentemente, habría que pensar, parafraseando a Benjamin³⁵, en la necesidad de pensar con conceptos que no puedan ser funcionales al fascismo. Es decir, en lo que acá nos interesa, desde una consideración de la historia que pueda pensar la actualidad sin la medida de lo posible, en nombre de otra chance de lo común. Es sintomático, en ese sentido, que el libro omita toda referencia a Patricio Marchant, quien justamente insiste en la necesidad de la Filosofía como lectura de la catástrofe de la Historia, a partir de un ejercicio intelectual en el que ya no pudiera olvidarse, añadimos, la perplejidad de ese joven del primer prólogo ni tampoco su posterior borradura, ni mucho menos la entusiasta duda que debemos seguir teniendo ante el progresismo y la coherente necesidad de establecer, ante sus viejos y nuevos discursos, otra crítica, otra libertad: “Porque extinguir esta curiosidad, esta noble osadía del entendimiento, que le hace arrostrar los arcanos de la naturaleza, los enigmas del porvenir, no es posible, sin hacerlo al mismo tiempo, incapaz de todo lo grande, insensible a todo lo que es bello, generoso, sublime, santo”.³⁶

³³ Oyarzún, Pablo, “La filosofía como ficción”, en *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago: Sexta Serie N° 3, 1996, p. 90.

³⁴ Jaksic, Iván, *Rebeldes académicos: la filosofía chilena desde la Independencia hasta 1989*, Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 2013, p. 282.

³⁵ Benjamin, Walter, “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”. Edición de www.philosophia.cl, p. 2.

³⁶ Bello, Andrés, “Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile, el 17 de septiembre de 1843”, en *Obras Completas*. Tomo XXI, Caracas: La Casa de Bello, 1982, pp. 6-7.